

PANEGÍRICO DE SAN IGNACIO DE LOYOLA,
FUNDADOR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

(predicado en Bogotá, 1897).

Labora sicut bonus miles Christi Iesu.
Trabaja como buen soldado de Cristo Jesús.
2 Tim. 2, 3.

1. Divinamente inspirado anduvo Job cuando dijo aquella gran sentencia: *Militia est vita hominis super terram*¹. Ni me admira que viva el hombre combatiendo sobre la tierra, cuando oigo también clarines de guerra en las serenas regiones del cielo. *Libróse un gran combate en el cielo*, dice San Juan; *peleaban Miguel y sus ángeles con el dragón seguido de millares de ángeles rebeldes*². La guerra terminó pronto en el cielo con la rota y caída de Luzbel, pero fué para continuarse en la tierra hasta el fin de los tiempos. La guerra de arriba explica la de abajo. El dragón infernal, derribado de las alturas en donde se encumbraba, llenóse de furioso encono contra la mujer misteriosa, contra la humana naturaleza llamada á reemplazarle en los tronos de la gloria; y se lanzó á la guerra contra los hijos de la Iglesia *que guardan los mandamientos de Dios y ostentan la señal de Jesucristo*³. Así lo dice la revelación apocalíptica. No miremos, pues, al hombre peleando solamente en la arena del orden natural, ya como ser activo contra la inercia de la materia que le opone resistencia, ya como viviente contra los asaltos de la muerte empeñada en sofocarle, ya, en fin, como racional contra la porción animal de que consta, y que

¹ Job 7, 1.

² Apoc. 12, 7.

³ Ibid. v. 17.

pugna continuamente por sobreponerse al espíritu¹. Escaramuzas son éstas, comparadas con las lides que debe el hombre sostener en la arena del orden sobrenatural. Si ha de ser constante luchador como hombre, es preciso que sea héroe como cristiano. Después que vino Jesucristo al mundo, es, con doble razón, milicia la vida del hombre sobre la tierra.

2. En efecto, amados fieles, el hijo de Dios bajó del cielo y se revistió de nuestra carne para combatir al frente de los suyos, ángeles y hombres, y consumir en el fin de los siglos la victoria empezada por el príncipe de la celestial milicia, Miguel. Combatió, dice el Apóstol, *asistido de la virtud de Dios*², y con esa misma virtud debe hoy y siempre combatir el cristiano: *con las armas de la justicia á diestra y á siniestra*³. El mismo Salvador saludado como Rey pacífico, porque ha venido á traernos la paz⁴, nos advierte que no es su paz la de este mundo⁵, antes claramente nos anuncia la guerra: *Non veni pacem mittere in terram, sed gladium*⁶. ¿Qué es, según esto, la Iglesia de Jesucristo sobre la tierra sino un cuerpo militante, como lo fué aquel antiguo pueblo de Dios, peregrino por el Desierto, el cual no recibió el dominio de la tierra de promisión sino después de conquistarla á fuerza de armas? Trazada está, pues, la misión y la gloria del hombre que pertenece á Jesucristo: compartir con él las fatigas de la guerra, y ser después partícipe del triunfo sempiterno. Luego el timbre más glorioso para el hombre que vive de la fe, es ser soldado del ejército de Cristo, militar como bueno debajo de la bandera

¹ Gal. 5, 17.

² 2 Cor. 13, 4.

³ 2 Cor. 6, 7.

⁴ Io. 14, 27.

⁵ Ibid.

⁶ Matth. 10, 34.

del sumo Rey y Capitán Jesús. Por eso exhorta San Pablo á su querido Timoteo: *Labora sicut bonus miles Christi*: que no basta haber dado el nombre, si no se lidia á brazo partido hasta merecer el renombre de bravo entre los bravos y ceñir el laurel incorruptible de los héroes. Héroes son en todo el valor de la palabra los grandes hombres que la Iglesia venera en sus altares, y cuyas hazañas nos pone delante para excitar en nosotros una santa emulación. Héroe fué, pero en grado extraordinario, aquel gran santo cuya muerte lloró Roma y el mundo entero consternado el día 31 de julio de 1556, aquel varón insigne que en los fastos de la Iglesia dejó un nombre inmortal, el de Ignacio de Loyola, Fundador de la Compañía de Jesús.

Á él es á quien debo en este día el tributo de mi humilde palabra; que no es justo que callen los hijos, cuando á voz en cuello le aclaman los extraños.

3. Tenéis, pues, de manifiesto el sencillo plan de mi discurso. No sé cómo pudiera enaltecer mejor á este héroe del cristianismo que presentándole por su verdadera y genuina faz, la de bizarro soldado de Cristo y capitán esclarecido de las milicias de la Iglesia. Y, pues, María, Reina de las batallas, armó á Ignacio caballero de su Hijo, sea ella nuestra medianera para alcanzar las luces del Espíritu Santo, que humildemente imploramos. *Ave María.*

I.

4. Ignacio nació soldado, porque nació noble y caballero. El caballero de su tiempo debía ceñir espada y esgrimirla en defensa de la honra de su rey y de su patria. Alejad, pues, de vuestro espíritu, al oír este nombre de soldado, toda idea de tosquedad y de fiereza. Dios providentísimo, que en el terreno de la natu-

raleza prepara los caminos de la gracia, dotó al último hijo de Beltrán de Oñaz y Loyola, de relevantes prendas dignas de su nobleza, y flores que prometían grandes frutos¹. De agudo ingenio, de corazón mayor que su cuerpo, dice un historiador, generoso y afable, ardía el valor en su pecho, en su cerebro bullían altos pensamientos, en su rostro y continente brillaba la gentileza y gallardía. Ignacio, león en el asalto, era igualmente magnánimo en la derrota que en el triunfo. Después de haber peleado en la ciudadela de Pamplona con el denuedo de un cruzado, aunque con mala fortuna, acepta agradecido los servicios que le presta, no menos caballeroso, el enemigo, en cuyos brazos es trasladado, con la pierna hecha pedazos, al solar paterno. Pero apartemos la vista, hermanos míos, de un cuadro que, aunque digno de una galería de hombres célebres, no es más que un diseño de otros más hermosos en los que aparecerá Ignacio como soldado de otro ejército, y capitán de otra milicia más gloriosa.

5. La transformación está hecha. Leyendo y meditando las vidas de Cristo y de los santos, el héroe de Pamplona ha encontrado algo más grande y bello que las aventuras fantásticas de Amadís de Gaula, y aún que las proezas bélicas del Cid Campeador y de Gonzalo de Córdoba, y ha resuelto ser guerrero á lo Domingo de Guzmán, á lo Francisco de Asís. Él se ha dicho: «Haré otro tanto. ¿Por qué no podré hacer yo también lo que hicieron estos héroes del cristianismo? Cosas grandes y difíciles emprendieron ellos, yo lo veo, y las llevaron á cabo. Yo también lo puedo todo en Aquel que me inspira y fortalece². Vedlo ya en Mon-

¹ *García*, Vida de S. Ignacio de Loyola lib. 1, cap. 1.

² Phil. 4, 13.

serrat velando al pie del altar de María las nuevas armas de su espiritual milicia. ¡Cómo ha mudado de aspecto y de semblante! ¡cómo se ha demacrado en lo físico, pero cuánto ha ganado en lo moral! Depuestas las ricas vestiduras del caballero de la corte, se ha ceñido el burdo saco del penitente: suspendida en los muros de la iglesia la espada del guerrero, empuña ahora el bordón del peregrino. Con los pies descalzos y desnuda la cabeza, medita ya en una cruzada espiritual, en una expedición á Tierra Santa, no para conquistarla en provecho de ningún soberano de Europa, sino para rendirla al Salvador del mundo, convirtiendo infieles y mahometanos, aunque sea á precio de sangre y de torturas. Helo ahí, pues, armado caballero de Cristo con las armas que describe el Apóstol en su carta á los efesios¹: con la armadura, el yelmo y el escudo de la fe; con la oración, la abnegación, el celo.... Porque, *andando en carne, no militamos según la carne*².

6. Sigamos paso á paso al nuevo caballero. Bajando de Monserrat, éntrase por las puertas de la ciudad de Manresa, va en busca del hospital para entregarse todo al servicio de los enfermos y á la enseñanza de la doctrina á los niños, y sepúltase después en la lóbrega cueva inmortalizada con las austeridades y éxtasis del moderno anacoreta. Antes de lanzarse al combate es preciso definir bien el ideal que se agita en la mente, señalar el término glorioso de la empresa. ¿Cuál es ahora el objeto acariciado por la ambición de Ignacio? ¿Es la gloria? Sí, pero la gloria grande y verdadera, la gloria de Dios en la dilatación del nombre de Jesús,

¹ Eph. 6, 13 sqq.

² 2 Cor. 10, 3.

para que, al sonar este nombre, caigan todos de rodillas en adoración del Criador, ángeles, hombres y los mismos demonios¹. ¡Qué alteza de miras, qué elevación de propósitos las de nuestro héroe desde los primeros pasos de su conversión! *Ad maiorem Dei gloriam* fué desde entonces su blasón, el santísimo nombre de Jesús fué su escudo y su divisa: combatir al lado del *capitán general de los buenos* contra el *caudillo de todos los enemigos de Dios*², fué de ahí en adelante su única ambición. En efecto, ¿quién no sabe que tal fué la grandiosa concepción de la vida cristiana que formó San Ignacio en el retiro de la cueva de Manresa, donde, ilustrado por la maestra de la sabiduría divina, María santísima, trazó con todos sus detalles el camino de la santidad? Díganlo aquellos admirables documentos conocidos en el mundo entero con el nombre de *Ejercicios espirituales*. Sus dos famosas meditaciones *del Llamamiento del Rey temporal* y *de Dos banderas*, así como pintan el nativo carácter de Ignacio de Loyola, retratan gráficamente al santo fundador de la Compañía de Jesús. Allí está claramente bosquejado el plan de la campaña apostólica á que consagró toda su vida. «¿Qué cosa más digna de consideración — decía él — que ver á Cristo nuestro Señor, Rey eterno, y delante de él á todo el universo mundo, al cual, y á cada uno en particular, llama en su seguimiento?»³ Y ¡cuánto sería digno de ser vituperado por todo el mundo y tenido por perverso caballero aquel que no aceptase la petición de tal Rey!⁴ En esas visiones celestiales vió distintamente Ignacio cuál era el genio y la índole de los enemigos

¹ Phil. 2, 10.

² Exerc. spir. Med. de duob. vexillis.

³ Ibid., Med. de Reg. temp.

⁴ Ibid.

que había de batir; y cuáles, los ardides del infernal caudillo para perder á los mortales con la maldita codicia de riquezas, honores y placeres, por los cuales, como por segura pendiente, los precipita al bátrato de la soberbia, y de allí al abismo de todo mal y de la condenación eterna. Comprendió, pues, el soldado de Cristo que la guerra era interior más bien que de exterior aparato, pues los enemigos más temibles están dentro del alma, según aquella sentencia divina: *Inimici hominis domestici eius*¹; por donde el triunfo más urgente y necesario era el de la propia sensualidad y del orgullo. Es preciso que triunfe el amor de la pobreza sobre la sed de la riqueza; el amor del desprecio, sobre el apetito de honra mundana; y la humildad perfectísima, sobre la soberbia del corazón: tal es el resumen del sermón de Cristo nuestro Jefe. Á conseguir estos preclaros triunfos dióse con todo el ardor de su alma varonil el magnánimo Ignacio.

7. Y lucha animosamente con la carne y los sentidos hasta rendirlos totalmente al espíritu: *¿De dónde nacen— dice Santiago — las guerras que sentís dentro de vosotros mismos? ¿No es por ventura de vuestras propias concupiscencias que pugnan en vuestros miembros?*² De aquí el conato infatigable del soldado de Cristo por reducir su carne á durísima servidumbre á fuerza de azotes, ayunos y cadenas, cual si se tratara de domesticar indómita alimaña. ¡Oh vida de maceraciones sangrientas, de insomnios y oración continua, llevada por mi glorioso Padre en el hospital y en la cueva de Manresa! ¿qué otra cosa eras sino un duelo á muerte con el hombre carnal *para destruir el cuerpo de pe-*

¹ Matth. 10, 36.

² Iac. 4, 1.

*cado?*¹ Triunfa el atleta cristiano, cuando ve que su cuerpo se extenua hasta no parecer sino una sombra del antiguo apuesto caballero, cuando á la violencia de tantos rigores cae gravemente enfermo y se ve al borde del sepulcro. Á los que le aconsejan, ya convaleciente, que modere los excesos de aquel santo odio de sí mismo, responde según el espíritu del Evangelio: «Dejad que maltrate el cuerpo para salvar el alma.»² Y, mientras así derrota Ignacio al primer enemigo de la salvación, ¿quién dirá las victorias que consigue en la conversión de innumerables pecadores reducidos á penitencia con la eficacia irresistible de su ejemplo?

8. Por lo que hace á la codicia de bienes temporales, nada tiene ya que hacer el héroe que la dejó vencida y sojuzgada al primer golpe, desasiéndose totalmente de comodidades y regalos, y hasta de lo más necesario para la vida, desde el punto y hora en que volvió las espaldas á la casa solariega de los señores de Loyola. Ignacio con superior espíritu apostólico, mendiga de puerta en puerta un mendrugo de pan que parte con los hambrientos que le rodean. Desnudo lucha este bravo gladiador con enemigos espirituales, también desnudos de todo linaje de arreos materiales. Él puede afirmar como el gran Apóstol: *Esurimus, et sitimus, et nudi sumus*³; y aun añadir con el mismo: *et colaphis cædimur*: se nos da de bofetadas; *maledicimur*: se nos maldice y calumnia, se nos insulta y persigue de todos los modos posibles, trátasenos como basura y desecho del mundo: *tamquam purgamenta huius mundi facti sumus*⁴. Ignacio entre tanto, armado

¹ Rom. 6, 6.

² Matth. 18, 8.

³ I Cor. 4, 11.

⁴ Ibid. v. 13.

de la justicia y de la virtud más heroica, invulnerable con la armadura de Dios, puestos los ojos en Cristo su modelo, se mantiene firme en actitud de resistir á los golpes que le asesta el enemigo, ya sea disfrazado con la careta del mundo, ya á cara descubierta¹. ¡Oh triunfos indescriptibles de Ignacio sobre el demonio y su perverso aliado, el mundo de los pecadores! En vano le arremete el capital enemigo de natura humana con cuantas artes le es permitido, no sólo en los principios, sino en todo el discurso y hasta en los posteriores días de la vida, apellidándole Satanás el mayor enemigo que tiene en el universo; en vano le apalea cruelísimamente en Manresa, y le afrenta y calumnia en París, en Roma y en todas partes: en todas ellas le derrota con la oración y la paciencia el invicto soldado de la cruz.

9. El mundo, hermanos míos, es quizás el enemigo más artero y difícil de vencer, á lo menos entre los enemigos visibles. Esclavo como es del demonio, su príncipe², hace cruda y sorda guerra á Jesucristo y á las almas, valiéndose principalmente del amor propio, cobarde pero obstinado enemigo de toda virtud. Ninguna victoria más importante y decisiva que ésta para Ignacio, el cual pudo decir con Jesucristo: *Yo he vencido al mundo*³. ¡Cuántas y cuán porfiadas luchas tuvo que trabar con este pérfido enemigo! Éste fué quien le salió al encuentro á la salida misma de Loyola, á las puertas del monasterio de Monserrat, en Barcelona y Alcalá, Salamanca y París, Venecia y Roma, en dondequiera que Ignacio fijaba su tienda de campaña y abría operaciones contra el infierno para salvar las almas.

¹ Eph. 6, 11. 13.² Io. 12, 31.³ Io. 16, 33.

Como el Apóstol perseguido en Antioquía, Iconio y Listris, según la ley general de que *todos cuantos siguen el estandarte de Cristo Jesús, han de arrostrar persecuciones*¹, veréis á Ignacio perseguido y vejado en todas las ciudades por donde pasa, hecho blanco de groseras calumnias, arrojado en cárceles y cargado de pesadas cadenas, no sólo por la rabia de los herejes y perdidos pecadores, sino ¡quién tal pensara! hasta por obra y gracia de los buenos, engañados y tal vez movidos de indiscreto celo, ya que no fuese de mezquina pasión. Conocidos son de todos, los hechos á que me refiero, y así no me detendré á narrarlos. Básteme recordar aquí las gravísimas palabras de la santa Iglesia en las lecciones históricas del oficio del Santo: «Como él no omitiese medio ni fatiga para ayudar á la salvación de sus prójimos, es cosa que pone admiración ver los trabajos y afrentas que tuvo que devorar en todas partes, habiendo tolerado durísimas prisiones y golpes tan rudos que le pusieron á la muerte, sin que todo esto apagase la sed que tenía de padecer más y más por la gloria de su Señor.» En efecto, decía el Santo á las personas piadosas que le compadecían viéndole preso en Salamanca: «Yo, aunque pecador, sé decir que no hay en Salamanca, ni en España, ni en todo el mundo tantos grillos y cadenas como deseo padecer por amor de mi Señor Jesucristo.»² Así dejaba Ignacio vencidos á todos los enemigos visibles é invisibles, combatiendo, bisoño todavía, como bueno en las milicias de Jesús.

10. Venció, finalmente, la ignorancia en una campaña no menos gloriosa de diez años, por haber en-

¹ 2 Tim. 3, 12.² García l. c. lib. 2, cap. 10.